

gran amante de la belleza plástica —Felipe Checa sabe mucho de los encargos pictóricos del Montero Genial—, enfiló su vida toda hacia la pasión cinegética. Varios libros y miles de horas al acecho de la alimán, dan fe de esta dedicación a la caza mayor; y miles de kilómetros recorridos a pié o a caballo para satisfacer este arte bravío que ensalzó Alfonso X, el Sabio. Su casa es museo con dualidad representativa: por un lado, cuadros; por otro, trofeos de caza. Aún cuando no cazaba tenía que vivir al lado de las armas —antecedentes guerreros de su padre y de su abuelo— y para ello, puso una armería en Badajoz. Antonio Covarsi tuvo hijos. Y por lo mismo, no termina con su vida la biografía que Enrique Segura (su hijo político) escribió. Si en la biografía es conveniente reseñar los lejanos antecedentes familiares del biografiado para ver de dónde viene el valor que se quiere ofrecer al lector, es conveniente asimismo ir más allá de la muerte del protagonista, porque la vida lo mismo se adquiere de atrás como se proyecta hacia adelante. La proyección del padre es el hijo que en este caso encaja en el

**CUARTO TIEMPO: El hijo.** Adelardo Covarsi. En alternancia de aficiones es poco cinegético, pero muy artista. Heredó ambas cosas de su padre: de su madre, la sensibilidad. Caminó despacio artísticamente, sin esos resplandores de las materias combustibles que todo lo inundan de luz y se apagan luego, con rapidez. Paso lento, pero seguro. Asimilando, oteando, como su padre: precavido, como su abuelo; señor, como su bisabuelo. Llegó donde quiso y vendió cuanto produjo.

Si estas cuatro vidas están encadenadas en el libro para contar la del «Montero Genial», por necesidades de ver el entroncamiento hereditario, cosa que no debía faltar en ninguna biografía, aún posee otra cualidad la obra de Enrique Segura, que a otras les falta: haber sido escrita por el yerno de uno y el cuñado de otro de los cuatro personajes que en ella campean. Trasciende, por ello, del libro, un conocimiento pleno y directo sin divagaciones, corrientes en la documental apreciación que va de mano en mano o de boca en boca. Enrique Segura convivió con el Montero Genial y con el genial pintor hijo de aquél. Por eso sabe de ellas más que nadie. De ahí el verismo de esta obra que se agotó rápidamente en su primera y segunda edición, uno de cuyos últimos ejemplares acaba de caer en mis manos, originando esta crítica.

Aconsejamos —y no por lo comercial, pues este libro que agota dos ediciones en poco tiempo siempre es vendible—, sino por lo que dentro de sí lleva de extremeñismo, su lectura. El que lo haga no ha de quedar defraudado. Porque ya es un mérito presentar cuatro biografías en una sola —o una en cuatro, que tanto monta—, cosa que a nadie se le había ocurrido, con tantos biógrafos como en el mundo han sido. Y si las vidas reseñadas son espontáneas, reales y humanas, miel sobre hojuelas. Porque hay tanta ficción en este siglo, que nos parece increíble leer que hubiera hombres, hace pocos años, con la impronta de reciedumbre que Antonio Covarsi tiene en este libro. Algo así como un Quijote fiero y sentimental; como un Alejandro tierno y guerrero; como un nuevo Marqués de Bradomin, en frase certera del profesor Entrambasaguas.

## EL SOTANO

*Era mi lugar predilecto,  
lejos del mundo,  
de los rostros hipócritas  
y de las palabras adulatoras  
—caretas de sentimientos verdaderos—  
y de las burlonas sonrisas  
y los deseos lascivos  
como lepra sangrante del cuerpo  
o fauce de sed no saciada...  
Sumido  
en la sombría tristeza de tanto trasto inservible:  
el sofá destripado y polvoriento,  
de rota gutapercha;  
la enrollada persiana, verde como los ojos de Circe;  
el cubo  
agujereado y vestido de óxido;  
la vieja alfombra de homéricas imágenes  
y el armario en cuya madera la carcoma cantaba incansable un himno  
[a la vida...*

*Todo aquello  
era como el regusto de un mundo trasolvidado,  
como la hipotenusa ideal o el megatón insobornable  
y mi sensibilidad  
—miel hyblea—  
se derramaba en torno.  
Las telarañas  
teñían a mi inmóvil presencia  
y con patético ardor  
su red sutilísima  
como el suspiro y el cierzo.  
Llegaba hasta mí,  
en un susurro casi inaudible*

la humana voz:  
vendedores callejeros,  
porterías que deshilachaban su cáustico lenguaje  
de chismes y cuentos azules,  
rabiosos niños hambrientos de aire y de luz,  
y más distantes entre sí  
las pisadas de caballos matalones  
y asnos famélicos.

Por el sucio ventanuco de la pared propincua  
penetraba la débil claridad  
como un bostezo de la naturaleza endiosada,  
y yo, con los pies cruzados

—Buda del silencio y la melancolía—

me tragaba las sombras

y abría los ojos descomunales de mi curiosidad insatisfecha.

Allí aprendí a amar las cosas inútiles,

a restregar las ideas unas contra otras

hasta convertirlas en pequeños soles de mi vida interior,

y me reí de los héroes y de los sabios

que no supieron gozar la indiferencia del espíritu

frente al espectáculo del mundo

y zafarse de las hostiles estrías

y de los calderones de la gran obertura del fracaso.

Tenia hambre

de quietud y de silencio

y miraba de vez en cuando

cómo laboriosa araña

epilogaba el exilio de una mosca

o un tímido ratón

de fulgurantes ojos áureos

descogía la túnica de su inquietud andariega.

Nada apetecí

en estas horas oscuras de paz y de sosiego.

Mi diestra

alzaba el lábaro de la renunciación más absoluta

y los bárbaros clarines del silencio

inundaban el sótano de místicas sonoridades.

Carlos TUS



## Voces y expresiones viciosas

Femineidad sí, feminidad no.



vamos con lo eterno femenino, como dijo Goethe,

con la costilla de Adán; con «el hueso», como diría un misógino, por ejemplo, Schopenhauer, que ¿quién lo desconoce? llamó a la mujer «animal de ideas cortas y de pelos largos»—hoy se vería obligado a enmendar, al menos, el final de la frase—; con la horrible tenía que tiene su guarida en el corazón del hombre, como afirmó San Juan Damasceno; con Laura, Beatriz, Leonor de Este, la condesa de Géives, Cristiana Volpius, Teresa Mancha, Dolores Armijo y Julia Espín, que inspiraron a Petrarca, Dante, Tasso, Herrera, Goethe, Espronceda, Larra y Bécquer; con *madame* Smith y Cósima Wagner, la hija de Liszt, que tan discretamente ayudaron a sus maridos respectivos; y con mi mujer, que lo mismo compone un bello poema, como *Mi hijo y yo* o *Elegía*, o zurce un par de calcetines, o prepara un postre, con el que se chuparían los dedos Apicio y Lúculo, o se enfada conmigo cuando, deseando entregarme a mi afición predilecta; la lectura, exclamo: «¡Dejad que los niños se alejen de mí!», que a los hijos sustituyeron los nietos, y los gritos, los llantos y los golpes, me persiguen a todas horas, como una tremenda riada, pero sin indemnización.

¡Habitadores del Pindo y prosistas del Tempe, que no se dice *feminidad*, sino *femineidad*!

De femineo, del latín *femineus*, derivóse femineidad, cuya correcta significación—así lo prescribe la Academia—es la siguiente: «Calidad de pertenecer a la mujer, que poseen ciertos bienes». Como se ve, esta voz corresponde al lenguaje del foro, y con este sentido nada más, está incluida en nuestro léxico oficial.

Femenino y femineo son equivalentes, si bien el primero viene de *femeninus*; y el segundo, de *femineus*: «Propio o peculiar de las mujeres» (*fémína*). De aquí procede feminismo, doctrina que consiste, como es sabido, en conceder a la mujer igual capacidad e iguales derechos que al hombre. Se acabaron las diferencias. No puedo entretenerme ahora en explicar una graciosa anécdota.

Admitida por la Academia la forma femineidad—aunque como ya hemos advertido, con carácter jurídico—y rechazada hasta ahora la voz feminidad, los escritores ortodoxos emplean la primera y no la segunda, pero dándole un alcance mucho más amplio, esto es, designando o expresando con ella todo cuanto se refiere a la mujer, a lo femenino, pues femineo es palabra anticuada.